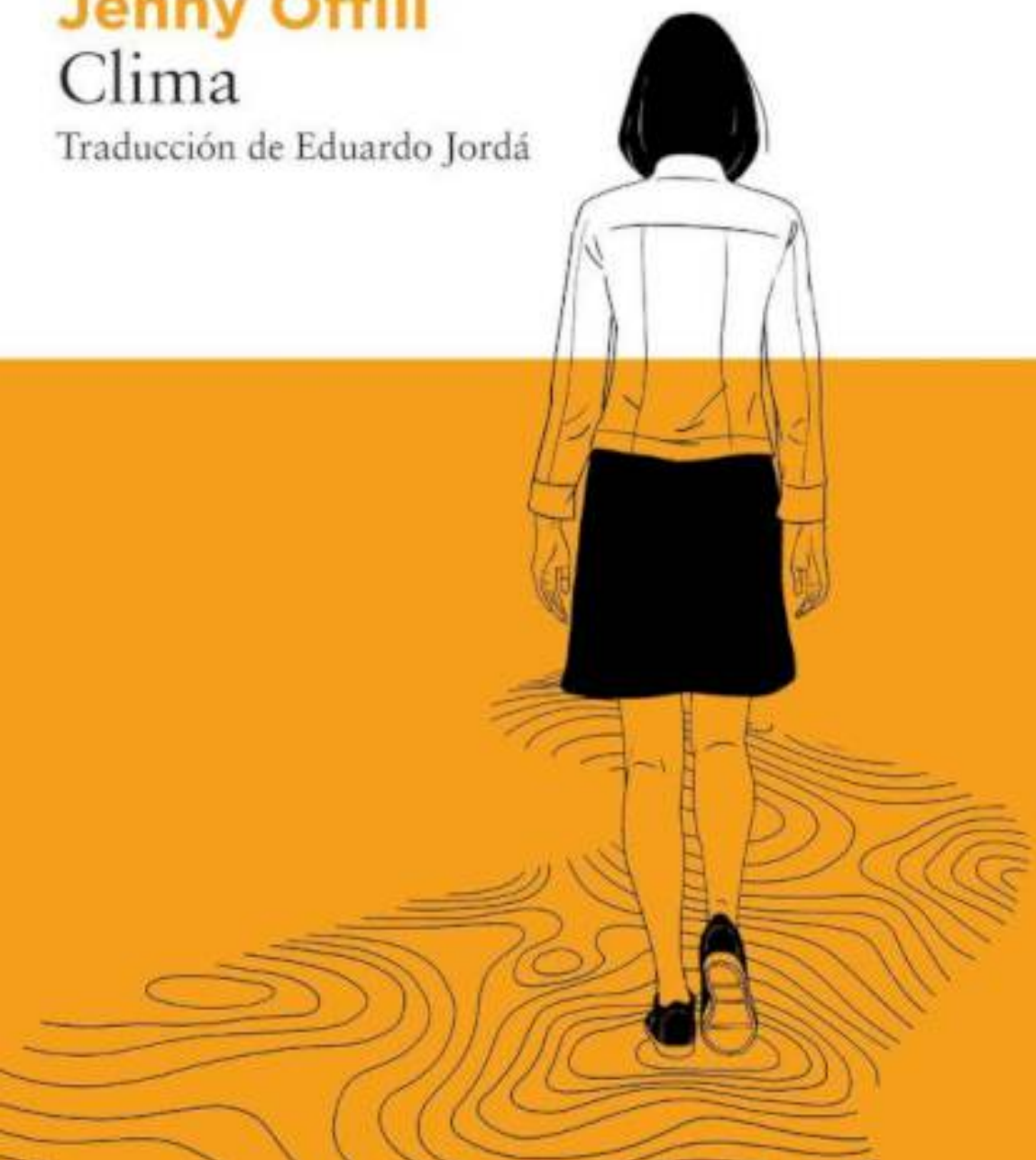


Jenny Offill

Clima

Traducción de Eduardo Jordá



Lizzie Benson es bibliotecaria en Brooklyn. Divide sus atenciones entre su hijo Eli, su marido Ben y su hermano Henry, que se está recuperando de su adicción a la droga. Además, ayuda a una antigua profesora con el abundante correo que recibe por su exitoso *podcast* sobre cambio climático, un tema que atrae a extremistas de todo tipo: desde aquellos que se preparan para el fin del mundo hasta los que afirman que la civilización cristiana occidental está en peligro. Y aunque Lizzie intenta ser positiva, ni las clases de meditación ni los consejos que extrae de los estantes de la biblioteca consiguen calmar su inquietud por la situación de su hermano y por la furia que percibe en su entorno.

A Lydia

EXTRACTOS DE UNA ASAMBLEA COMUNAL EN MILFORD, CONNECTICUT, 1640:

Se ha votado que la tierra pertenece al Señor junto con toda la plenitud de la misma; se ha votado que la tierra ha sido entregada a los Santos; se ha votado que nosotros somos los Santos.

Uno

Por la mañana llega la que ha alcanzado una mayor iluminación. Hay grados y ella piensa que está en el penúltimo. Esta etapa tan solo puede ser descrita por una palabra japonesa. Significa: «bote de pintura negra».

Me paso bastante tiempo buscando libros para el profesor auxiliar condenado al fracaso. Lleva once años trabajando en su tesis doctoral. Le doy montones de folios para impresora. Clips sujetapapeles y bolígrafos. Hace la tesis sobre un filósofo del que no he oído ni hablar. Un filósofo menor pero fundamental, me contó. ¡Menor pero fundamental!

Pero anoche su mujer le dejó un papelito en la nevera. *Lo que estás haciendo ahora, ¿da dinero?*, decía.

El hombre del traje raído no quiere que le rebajemos las multas por retraso en las devoluciones. Le gusta contribuir al sostenimiento de nuestra institución. La chica rubia que lleva las uñas mordidas hasta la raíz se deja caer después de comer y se va con el bolso lleno de papel higiénico.

Aventuro una teoría acerca de las vacunas y otra sobre el capitalismo tardío. «¿A veces desearías volver a tener treinta años?», pregunta el ingeniero de corazón solitario. No, nunca, contesto. Y le cuento el viejo chiste de ir hacia atrás.

Aquí no servimos a viajeros en el tiempo. Un viajero en el tiempo entra en el bar.

De camino a casa, paso frente al tenderete de la señora que vende esas cositas que dan vueltas. A veces, si los es-

tudiantes están muy colocados, se las compran. Hoy no he vendido nada, dice. Cojo una para Eli. Es blanca y azul, pero el blanco se confunde con el azul cuando le da el viento. No te olvides de las monedas de veinticinco centavos, me recuerdo a mí misma.

En la tienda de alimentación, Mohan me da un rollo de monedas. Le expreso mi admiración por su nuevo gato, pero me dice que acaba de colarse en la tienda. De todos modos, se quedará con el gato porque su mujer ya no le quiere.

«Ojalá fueras loquera de verdad —dice mi marido—, porque así seríamos ricos».



Henry llega tarde, y mira que yo he cogido un taxi privado para no retrasarme. Cuando por fin lo veo aparecer, está empapado. Sin abrigo, sin paraguas. Se para en la esquina y le da unas monedas a la mujer que lleva un chubasquero hecho con una bolsa de basura.

Mi hermano me dijo una vez que necesitaba la droga porque hacía que el mundo dejara de llamarlo a gritos. Me parece muy bien, le contesté. Estábamos en el supermercado. A nuestro alrededor, las cosas intentaban proclamar su verdadera naturaleza. Pero el fulgor que emitían era muy débil, y más aún bajo aquella música tan horrible.

Intento que entre en calor: sopa, café. Tiene buen aspecto, pienso. Se entera de todo. La camarera prepara otra jarra de café, coquetea con él. La gente paraba a mi madre por la calle. Qué desperdicio, decían, ¡un niño con esas pestañas!

O sea que ahora tenemos doble ración de pan. Me como tres panecillos mientras mi hermano me cuenta una historia sobre una reunión de Narcóticos Anónimos. Una mujer se puso en pie y empezó a despotricar contra los antidepresivos. Lo que más le molestaba era que la gente no los reciclase correctamente. Según las pruebas que se habían hecho a los gusanos de las alcantarillas, todos presentaban altas concentraciones de Paxil y Prozac.

Cuando los pájaros se comían esos gusanos, ya no se alejaban tanto de sus hogares y fabricaban nidos más sofisticados, pero parecían tener muy poca inclinación a aparearse. «Pero ¿eran más felices?», le pregunto. «¿Eran capaces de hacer más cosas en un día?».



La ventana de nuestro dormitorio está abierta. Se puede ver la luna si te asomas afuera y estiras el cuello. Los griegos creían que era el único cuerpo celeste parecido a la Tierra. Estaba habitada por animales y plantas quince veces más fuertes que los nuestros.

Mi hijo viene a enseñarme algo. Parece un paquete de chicles, pero en realidad es una trampa. Cuando intentas coger un chicle, un resorte de metal se cierra de golpe sobre tu dedo. «Duele mucho más de lo que te imaginas», me advierte.

¡Ay!

Le pido que mire por la ventana. «Está en cuarto creciente», dice Eli. Sospecho que ahora ya sabe todo lo que va a saber de la luna en toda su vida. En su antiguo colegio le enseñaron una canción para que se acordara de todas las

fases. A veces nos la canta a la hora de la cena, pero únicamente lo hace cuando nadie se lo pide.

La luna se las arreglará solita, pienso. La luna no le importa a nadie.



Esta mañana la mujer del megáfono está apostada junto a la entrada del colegio. Avisa a los padres de que no pueden entrar y deben dejar a los niños detrás de la línea roja. «¡La seguridad es lo primero!», chilla. «¡La seguridad es lo primero!».

Pero a veces Eli se echa a llorar si tiene que quedarse solo en medio de ese gentío tan ruidoso. No le gusta tener que caminar él solo desde un lado de la enorme cafetería hasta el otro. Una vez se quedó petrificado a medio camino hasta que un monitor lo agarró por el codo y lo empujó hacia su rincón.

O sea que hoy vamos corriendo y pasamos a toda velocidad por delante de la mujer hasta llegar al punto de reunión que le han asignado. Su amigo está sentado a la mesa y tiene galletitas con forma de animales, así que consigo irme de allí sin que llore, solo que la mujer del megáfono me grita: «¡Los padres no! ¡Los padres no pueden acompañar a los niños!».

Dios, cómo le gusta el megáfono. Cuando oigo la voz de esa mujer algo me sacude todo el cuerpo, pero luego consigo llegar a la calle y me digo que no debo volver a pensar en ella.

No se me permite pensar sobre lo grande que es esta escuela ni sobre lo pequeño que es mi hijo. Ya he cometido el

mismo error en otras ocasiones después de haber dejado a mi hijo en el cole. Ya debería estar acostumbrada, pero a veces vuelvo a entrar en pánico.



Profesores chiflados todo el día. Juro que los que tienen plaza fija son los más chiflados de todos. Se saltan la cola para sacar un libro o para rellenar la lista de solicitudes. Los estudios demuestran que el noventa y cuatro por ciento de los profesores de universidad creen hacer un trabajo muy superior al de la media.

El otro día nos dieron una guía. *Claves para identificar patrones de conducta problemática*. En ningún momento se mencionaba a los profesores. Contenía las siguientes categorías:

- Maloliente.
- Canturrea mucho.
- Se ríe mucho.
- Pintarrajea mucho.
- No lleva ropa limpia.
- Combativo.
- Habla mucho.
- Solitario.
- Tose mucho.

Pero ¿en qué categoría entra el anciano caballero que se pasa la vida pidiéndome la contraseña de su propio *email*? Intento explicarle que me resulta imposible acceder a esa información, ya que él es el único que sabe la contraseña, pero el hombre niega con la cabeza, haciendo esa clase de gesto ofendido que viene a decir: «¿Qué clase de atención al cliente es esta?».



En la parada del autobús hay un póster de Sylvia. Anuncia que va a venir a dar una charla en el campus. Hace años fui alumna suya de posgrado, pero luego lo dejé. De vez en cuando, Sylvia hacía un seguimiento para comprobar si yo seguía malgastando mi talento. La respuesta era siempre que sí. Al final movió los hilos para que me dieran este trabajo, a pesar de que no tengo la titulación adecuada.

Al salir del trabajo, escucho su nuevo podcast. El episodio se llama *El centro cederá*. Todos los episodios podrían llevar ese título. Pero la voz de Sylvia casi compensa el repunte de terror que propician sus charlas. A mí me consuela, y eso que solo habla de los jinetes invisibles que galopan hacia nosotros.

Hay unos patrones inequívocos para percibir el ascenso y la caída. Pero nuestra civilización industrial es tan enorme, tiene unas proporciones tan...

Miro por la ventana. Hay algo a lo lejos que avanza a trompicones hacia los árboles.



Se abre la puerta y Eli se abalanza sobre mí. Le ayudo a quitarse el pegamento de las manos y luego regresa a su juego. Es ese que gusta a todo el mundo. Según mi marido, se trata de un mundo en 3D generado de forma procedural. Educativo.

Es divertido verlos jugar. Construyen edificios pieza por pieza y luego llenan las estancias con los minerales que han extraído usando las piquetas que se han fabricado ellos mismos. Montan campos de color verde y crían gallinas pa-

ra comérselas después. «¡He matado una!», chilla Eli. «Es casi de noche», le dice Ben.

Hay facturas y folletos de supermercado. También una revista enviada a un antiguo inquilino que ya no vive aquí. La portada anuncia consejos para ayudar a la gente depresiva.

Lo que hay que decir:

Siento que usted esté sufriendo tanto. No voy a abandonarle. Voy a cuidarme, así que no tiene por qué preocuparse de que su dolor acabe afectándome.

Lo que no hay que decir:

¿Ha probado el té de manzanilla?



Por una vez, dejo a mi hermano elegir la película, pero resulta tan estúpida que no tengo fuerzas para verla. En las películas que le gustan siempre hay una catástrofe inminente y una sola persona, la más inverosímil, capaz de evitarla.

Después damos un paseo por el parque. Ha conocido a una chica que tal vez. Pero no cree que la cosa funcione. La chica es demasiado diferente. Tardo un poco en descubrir que todavía no han salido juntos. Le digo: «No te apetece salir con alguien que sea como tú, ¿verdad?». Henry se echa a reír. «Dios santo, claro que no».

En la primera clase que nos dio Sylvia nos habló del emparejamiento selectivo. Se refería a los iguales con los iguales, los depresivos con los depresivos. El problema del emparejamiento selectivo, nos dijo, es que cuando uno lo pone en

práctica le parece perfectamente adecuado. Como una llave que encaja en una cerradura y abre la puerta.

Pero la cuestión es otra: esta habitación, ¿es la habitación en la que estarías dispuesto a pasar toda tu vida?

Así que le digo a mi hermano que Ben y yo nunca nos fijamos en las mismas cosas. Como aquel día que volví a casa y él estaba muy emocionado porque por fin lo habían quitado. ¿Qué es lo que han quitado?, le pregunté. Y tuvo que explicarme que por fin habían retirado el andamio que había cubierto durante tres años la fachada de nuestro edificio. O como la semana pasada, cuando le estaba contando una historia sobre el tipo que vive en el 5.º C, y me dijo, oye, ¿de qué traficante de drogas me estás hablando?



Cuando vuelvo a casa, nuestra perra quiere un cubito de hielo. Le doy uno, pero ella sigue aporreando su cuenco de comida por la cocina. «¿Qué tal te ha ido el día?», le pregunto a Ben. Se encoge de hombros. «Me he pasado casi todo el tiempo pegado al ordenador programando y luego he ido un ratito a hacer la colada».

Hay una heroica pila de ropa doblada sobre la mesa. Veo mi falda favorita y la ropa interior que me resulta menos deprimente. Voy al dormitorio y me las pongo. Ahora soy una persona totalmente renovada.

El tercer día de su matrimonio, la reina Victoria escribió: «*Mi queridísimo Albert me ha puesto las medias. He ido a ver cómo se afeitaba, cosa que ha supuesto un gran deleite para mí...*».

Mi madre me llama por teléfono y me habla de la luz, de la viña verdadera, del pan de vida.



Son las siete de la mañana y Eli está jugando con la perra lanzándole una rana de goma. Cojo la rana y la dejo sobre la nevera. «¡Tenemos que irnos! ¡Coge tu mochila!», digo. La perra me mira cautelosa con la cabeza entre las patas. A lo bruto, le paso un cepillo por el pelo a Eli. Pone una mueca de dolor y se escabulle. Le chillo: «¡Tenemos que irnos! ¡Ponte los zapatos!». Por fin salimos de casa.

La señora Kovinski intenta decirme algo sobre los ascensores, pero pasamos corriendo por delante de ella. Tenemos que recorrer diez manzanas. Camino demasiado deprisa arrastrando a Eli. Esto no es vida, lo sé, lo sé, pero si mi hijo llega tarde a clase me encuentro una cola muy larga en la garita del conserje.

Hacemos un último esprint para cruzar el patio y llegamos justo a tiempo. Estoy sin aliento, empapada en sudor, triste. Beso la cabeza de Eli, intentando enmendar la carrera. ¿Por qué no he tenido más hijos para disponer así de más oportunidades de hacer bien las cosas?

En el colegio hay madres lo suficientemente sabias como para haber tenido más hijos. Un grupo de esas madres se ha congregado junto a la valla. Están hablando en urdu, me parece. Una de ellas me dirige una sonrisa y yo le contesto haciendo un tímido saludo con la mano.

Me pregunto cómo juzgará mi aspecto, ahora que llevo ropa de colores anodinos y gafas a la moda. La semana pasada, esa mujer donó una bolsa de seda para la tómbola del

colegio. La tela es roja, ribeteada de hilo dorado. Eli quiere ganarla para hacerse una capa. Sé escribir el nombre de la mujer, pero no sé pronunciarlo.



Esta mujer es psiquiatra. También es budista. Me he dado cuenta de que intenta aplicarme uno u otro de sus conocimientos. «Parece que te identificas con estar abajo en vez de estar arriba. ¿Por qué haces eso?».

Explíquemelo, señora.

Los martes da una clase de meditación en el sótano. La clase es para todo el mundo, no solo para la comunidad universitaria. Compruebo que Margot reacciona de forma diferente a como reacciono yo. Presta atención, pero nunca cuenta sus propios problemas.

Hoy vamos mal de tiempo, así que le ayudo a preparar la clase. Almohadones para los fuertes, sillas para los débiles. «Deberías quedarte», me dice siempre, pero nunca lo hago. No tengo claro si debería elegir un almohadón o una silla.



La pregunta que le hago a mi marido a medianoche. ¿Qué le pasa a mi rodilla? «Cuando camino oigo un pequeño chasquido. Y a veces noto una punzada si subo escaleras». Se está comiendo una cucharada de mantequilla de cacahuete. La deja en el fregadero y se arrodilla para examinarme. «¿Duele?», pregunta, mientras aprieta delicadamente la piel. «¿Y por aquí? ¿Y un poquito más allá?». Muevo la